



# En primera persona...

Mijalis Pierís\*



Mijalis Pierís en una casa de campo en la ciudad de Montopoli (Italia) cuando estaban de gira con el grupo de teatro de la Universidad de Chipre con la obra *El Canto del Puente* que fue presentada en el Centro de Investigación Teatral de Jerzy Grotowski y Thomas Richards. Pontedera, enero de 2004.

Nací en un pueblo montañoso de Chipre al que aún no había llegado la electricidad. Así pues, los años de mi infancia transcurrieron en un paraíso terrenal virgen, al lado de personas que sabían apreciar la naturaleza de otro modo, que sabían escrutarla y comprenderla a partir de su relación corporal con el estado atmosférico y con el tiempo. Vi la luz eléctrica por primera vez a los diez años, cuando mi familia se mudó del pueblo a la ciudad. Pero ya era demasiado tarde. El pozo de la memoria ya estaba repleto de candiles y lámparas de petróleo y velas; repleto de noches oscuras y estrellas que descen-

dían sobre los tejados de las casas; repleto de días luminosos que brillaban a la luz de un despiadado sol mediterráneo.

En mi mente, el período vivido en el pueblo es como un río. Un río mítico que de vez en cuando baja, arrastrando consigo hadas y duendes, lejanas sensaciones primitivas, un mundo mágico del que, a veces, soy incapaz de decir si existió o lo he conocido como el relato de un cuento. Ahora que lo pienso, veo que el que estaba destinado a amar apasionadamente las ciudades del mundo y ser el poeta más urbano fue al principio un maravillado niño de pueblo.

Así es mi vida. Entre el ayer, que parece que fue hace muchos siglos, y el presente, que gira endiabladamente, sin respiro, sin sosiego. Sobre esta arista afilada intento hallar un equilibrio, buscando en las ciudades nuevas un autoconocimiento de otra índole. Y esta experiencia me ha enseñado no solo a desplazarme a tierras ajenas, sino a ejercitarme en el arte del alejamiento de la patria dada. He preferido la ruptura con lo familiar y he optado por el viaje continuo: un viaje no solo a países nunca antes vistos y a nuevas ciudades-amantes, sino también a nuevos ritmos, a nuevos modos de expresión.

Para alguien en continua disputa con lo viejo, que tiembla ante el temor de encontrar el sosiego, de acomodarse dentro de lo dado, la patria solo puede existir como patria *imaginaria*. Puedo haber escrito sobre el «dulce país» de Chipre —en palabras del cronista medieval chipriota—, sobre la poesía de Yorgos Seferis, que descubrió que «el milagro aún existe en Chipre», sobre las «aguas de Chipre, Siria y Egipto» de Cavafis, la *greicidad* de Vasilis Mijailidis y la modernidad de Costas Montis; puedo haberme medido con nuestra poesía tradicional, puede el filólogo haberse dado cita con el hombre de teatro; sin embargo, ha sido el poeta el que me ha conducido al verdadero autoconocimiento.

Uno de mis poemarios se titula *Σ' όνειρο η πατρίδα* [En sueño la patria]. Porque la patria real me produce dolor, me provoca tedio y aburrimiento. Así, la patria devino ciudad poética, una ciudad amante que encuentro en el viaje del amor, del ensueño y de la escritura: «Me dormí en Pánormo, desperté en Palermo». En un solo verso se funden Creta y Sicilia, dos lugares que he amado intensamente. En otros, la ciudad de Rétino de Creta se funde con Mólivos de Lesbos, en otros Granada se convierte en la ciudad-amante diacrónica, Barcelona se confunde con Nicosia, un sueño en Palermo se entrelaza con un sueño que unifica a la dividida Nicosia.

He preferido este desplazamiento porque te protege de la exageración sentimental o la protesta estridente. El arte, al igual que la ciencia, no debe expresar convicciones, y mucho menos,

abandonarse a las soflamas patrioteras. La escritura es un arte humilde. Sus utensilios son el lápiz y el papel en blanco; antiguamente, también la máquina de escribir; actualmente la pantalla, el teclado y el disco duro. El arte de la escritura poética es ritmo, palabras e imágenes, baile y música.

Mirando hacia atrás, veo que en toda mi trayectoria intelectual no hago sino una cosa: escribir poesía y teatro, estudiar la poesía y el teatro, enseñar poesía y teatro. Otra cosa no sé hacer. La ciencia de la filología y el contacto con los jóvenes a través de la enseñanza de la literatura me brinda una sólida relación con mi patria. Sin embargo, escribo una poesía que traspasa las fronteras de esa patria y los estrechos límites de la territorialidad, al intentar comprender otros lugares, otros ritmos en otras ciudades: Rétino, Granada, Barcelona, Salónica, San Petersburgo, Sídney, El Cairo, París, Ámsterdam, Ginebra, Roma, Palermo, Milán, Nápoles, Venecia, entre otras. El tema de las ciudades me atrae enormemente. Especialmente las ciudades actuales que son cunas de civilización y tienen el potencial de transformarse de espacios duros de supervivencia en espacios sensoriales, donde el ser humano puede aún encontrar refugio, goce y sosiego. Donde, aun en circunstancias históricas difíciles —como las de mi patria—, la partición de una ciudad puede, con cosas mínimas —un movimiento en la calle, un poco de lluvia, un olor a café caliente, una sonrisa—, regalarte un instante irrepetible: el repentino goce de una satisfacción sensual, por breve que sea.

Cuando me deslizo por las calles de una ciudad, cuando desciendo al fondo de su cuerpo, me inundan fuertes recuerdos de mis años de infancia, llenos de descensos a pozos. Al igual que cada pozo tiene su propio olor, según lo que contenga y de acuerdo con sus capas geológicas, así también cada ciudad tiene su propio olor: un olor particular que se desprende de sus monumentos, sus tiendas, sus casas, sus habitantes y, sobre todo, de sus mujeres.

Aun así, incluso para un viajero consciente, está siempre presente el tema del regreso y de la *anagnórisis*, el doloroso reconocimiento de la patria. Me



Mijalis Pieris enseñando a estudiantes de la Universidad de Chipre una versión teatral suya de la poesía de Cavafis. Nicosia, julio de 2013.

refiero a la sensación de sentirte extranjero en tu propio país y a la necesidad de descubrirlo cada vez de nuevo. Personalmente, cada vez que regreso a Chipre tras un viaje, me siento como Odiseo que quiere comprobar de distintas maneras que lo que ha encontrado es de veras su patria, que las personas con las que se encuentra son de veras los suyos. Y esta experiencia de «reconocimiento» de la patria, de la mujer, de los amigos, es dolorosa, porque las imágenes que has construido en tu mente durante la ausencia, a menudo no coinciden con las imágenes reales que tienes frente a ti.

En fin. Por mucho que indague en mi mundo interior, no veo que me satisfaga el ideal de una vida serena en una Ítaca. Prefiero errar por lugares extraños. Y de las cuatro mujeres arquetípicas de la *Odisea* (Penélope, Calipso, Circe y Nausícaa), mi preferida es Circe. Al menos, la unión con ella fue la senda que condujo a Odiseo al conocimiento. Un conocimiento ganado a través de la experiencia más extrema: el descenso al Hades y la conversación con los muertos. Este amor, que del goce te conduce al conocimiento, me electriza. Y este amor lo he encontrado en mi errar, en el nuevo tiempo que brinda el contacto con un lugar nuevo. Lo he

encontrado en el viaje continuo, en el amor por las ciudades nuevas, por las patrias nuevas. No en la mortecina tranquilidad de una Ítaca.

---

\***Mijalis Pieris.** Poeta, filólogo y director de teatro con una honda formación humanística, Mijalis Pieris (Chipre, 1952) trabaja con pasión al servicio de las letras y de las artes y ha abierto nuevos horizontes a la cultura de Chipre a través de ensayos y publicaciones que proyectan a escala internacional las obras cumbre de la literatura chipriota. Se cuenta entre los más destacados estudiosos de la poesía de Constandinos Cavafis y Yorgos Seferis y tiene en su haber una obra fundamental en el ámbito de la investigación e interpretación filológicas. Ha viajado a muchas ciudades del mundo para ofrecer representaciones, clases o conferencias y lecturas, sin dejar de combinar la investigación con la enseñanza y la creación poética. Su obra literaria (poesía, relato, teatro, traducción y adaptación) tiene alcance panhelénico y repercusión internacional. Especialmente en su poesía muestra una inusitada y singular capacidad para exteriorizar y hacer universalmente inteligibles sus propios estados anímicos, vivencias e intuiciones. Su discurso poético, subversivo y de controversia, está presidido por un elevado sentido de la ética poética con el que se opone a todo mecanismo de alienación.